¡Elijan hoy!

Sábado de tarde, 20 de diciembre

Al percatarse Josué de que los achaques de la vejez le invadían sigilosamente y que pronto su obra terminaría, se llenó de ansiedad por el futuro de su pueblo. Con interés más que paternal se dirigió a ellos cuando estuvieron reunidos una vez más alrededor de su anciano jefe…

Por indicación de Josué se había traído el arca de Silo. Era una ocasión muy solemne, y este símbolo de la presencia de Dios iba a profundizar la impresión que él deseaba hacer sobre el pueblo. Después de exponer la bondad de Dios hacia Israel, los invitó en el nombre de Jehová a que decidieran a quién querían servir. El culto de los ídolos seguía practicándose hasta cierto punto, en secreto, y Josué trató ahora de inducirlos a hacer una decisión que desterrara este pecado de Israel… Josué deseaba lograr que sirvieran a Dios, no a la fuerza, sino voluntariamente…

"Que yo y mi casa —dijo Josué— serviremos a Jehová". El mismo santo celo que inspiraba el corazón del jefe se comunicó al pueblo. Sus exhortaciones le arrancaron esta respuesta espontánea: "Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová por servir a otros dioses"… Josué trató de hacer que sus oyentes pesaran muy bien sus palabras, y que desistieran de hacer votos para cuyo cumplimiento no estaban preparados. Con profundo fervor repitieron esta declaración: "No, antes a Jehová serviremos". Consintiendo solemnemente en atestiguar contra sí mismos que habían escogido a Jehová, una vez más reiteraron su promesa de lealtad: "A Jehová nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos"…

La obra de Josué en favor de Israel había terminado. Había cumplido "siguiendo a Jehová", y en el libro de Dios se lo llamó "el siervo de Jehová". El testimonio más noble que se da acerca de su carácter como caudillo del pueblo es la historia de la generación que disfrutó de sus labores. "Y sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que vinieron después de Josué" (*Conflicto y valor*, 29 de abril, p. 125).

Se librará un conflicto agudo entre los que son leales a Dios y los que han desdeñado su ley. La veneración por la ley de Dios se ha trastornado. Por doctrina, los dirigentes religiosos enseñan mandamientos de hombres. Como fue en los días del antiguo Israel, así es en esta era

del mundo. Pero aunque ahora prevalezcan la deslealtad y la transgresión, ¿tendrán menos respeto por la ley de Dios aquellos que la han venerado? ¿Se unirán con los poderes de la tierra para anularla? Los que son leales no se dejarán arrastrar por la corriente del mal. No despreciarán lo que Dios ha apartado como santo. No seguirán el ejemplo de olvido de Israel. Recordarán las intervenciones de Dios en favor de su pueblo en todas las edades, y andarán en sus mandamientos.

La prueba les llega a todos. Hay solo dos partidos. ¿De qué lado estáis vosotros? (*Testimonios para la Iglesia*, t. 8, pp. 130, 131).

Domingo, 21 de diciembre: ¡Estuviste allí!

El pueblo en general tardaba mucho en completar la obra de expulsar a los paganos. Las tribus se habían dispersado para ocupar sus posesiones, el ejército había sido disuelto, y se miraba como empresa difícil y dudosa el reanudar la guerra. Pero Josué declaró: "Jehová vuestro Dios las echará de delante de vosotros, y las lanzará de vuestra presencia: y vosotros poseeréis sus tierras, como Jehová vuestro Dios os ha dicho. Esforzaos pues mucho a guardar y hacer todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, sin apartaros de ello ni a la diestra ni a la siniestra".

Josué puso al mismo pueblo como testigo de que, siempre que ellos habían cumplido con las condiciones, Dios había cumplido fielmente las promesas que les hiciera. "Reconoced, pues, con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma, que no se ha perdido una sola palabra de las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros", les dijo. Les declaró, además, que así como el Señor había cumplido sus promesas, así cumpliría sus amenazas. "Mas será, que como ha venido sobre vosotros toda palabra buena que Jehová vuestro Dios os había dicho, así también traerá Jehová sobre vosotros toda palabra mala... Cuando traspasareis el pacto de Jehová, ... el furor de Jehová se inflamará contra vosotros, y luego pereceréis de aquesta buena tierra que él os ha dado" (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 559, 560).

Abraham no tuvo posesión en la tierra, "ni aun para asentar un pie". Hechos 7:5. Poseía grandes riquezas y las empleaba en honor de Dios y para el bien de sus prójimos; pero no consideraba este mundo como su hogar. El Señor le había ordenado que abandonara a sus compatriotas idólatras, con la promesa de darle la tierra de Canaán como posesión eterna; y sin embargo, ni él, ni su hijo, ni su nieto la recibieron. Cuando Abraham deseó un lugar donde sepultar sus muertos, tuvo que comprarlo a los cananeos. Su única posesión en la tierra prometida fue aquella tumba cavada en la peña en la cueva de Macpela.

Pero Dios no faltó a su palabra; ni tuvo esta su cumplimiento final

en la ocupación de la tierra de Canaán por el pueblo judío... Abraham mismo debía participar de la herencia... Y la Sagrada Escritura enseña expresamente que las promesas hechas a Abraham han de ser cumplidas mediante Cristo... Dios dio a Abraham una vislumbre de esta herencia inmortal, y con esta esperanza, él se conformó. "Por fe habitó en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en cabañas con Isaac y Jacob, herederos juntamente de la misma promesa: porque esperaba ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios". Hebreos 11:9, 10.

De la descendencia de Abraham dice la Escritura: "Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos, y creyéndolas, y saludándolas, y confesando que eran peregrinos y advenedizos sobre la tierra". Tenemos que vivir aquí como "peregrinos y advenedizos", si deseamos la patria "mejor, es a saber, la celestial" (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 166, 167).

Lunes, 22 de diciembre: Con integridad y en verdad

Jesús es la escalera hacia el cielo ... y Dios nos invita a subir por ella. Pero no podemos hacerlo mientras estemos cargados de los tesoros terrenales. Nos engañamos a nosotros mismos cuando anteponemos las conveniencias y ventajas personales a las cosas de Dios. No hay salvación en las posesiones o comodidades terrenales. Un hombre no es exaltado a la vista de Dios ni considerado bueno por él, porque posee riquezas terrenales. Si nos hacemos expertos en el arte de subir... debemos abandonar todo estorbo. Los que suben deben afirmar bien los pies en cada peldaño de la escalera.

Somos salvos mientras escalamos peldaño tras peldaño de la escalera, mirando a Cristo, asiéndonos de Cristo, subiendo paso a paso hasta las alturas de Cristo, de modo que él nos sea sabiduría y justificación y santificación y redención. La fe, la virtud, el conocimiento, la temperancia, la paciencia, la piedad, el amor hermanable y la caridad son los peldaños de esa escalera.

Se necesitan la fortaleza de ánimo, el valor, la fe y una confianza implícita en el poder de Dios para salvar. Estas gracias celestiales no se adquieren en un momento; se obtienen a través de la experiencia de los años. Pero cada sincero y ferviente servidor de Cristo llegará a ser participante de la naturaleza divina. Su alma rebosará de un intenso anhelo de conocer la plenitud de aquel amor que sobrepuja todo conocimiento. A medida que avance en la vida divina estará más capacitado para apropiarse de las elevadas y ennoblecedoras verdades de la Palabra de Dios hasta que, por medio de la contemplación, sea transformado y pueda reflejar la semejanza de su Redentor.

Hijo, hija de Dios, los ángeles observan el carácter que desarrolla,

sopesan sus palabras y acciones; por tanto, preste atención a sus caminos... compruebe si está en el amor de Dios.

Amar a Dios por encima de todo y al prójimo como a uno mismo es la auténtica santificación (*The Faith I Live By*, p. 120; parcialmente en *La fe por la cual vivo*, 24 de abril, p. 122).

Día tras día y hora tras hora debe haber en el interior un vigoroso proceso de renunciamiento propio y de santificación; y entonces las obras exteriores testificarán que Jesús mora en el corazón por la fe. La santificación no le cierra al conocimiento las avenidas del alma, sino que expande la mente y la inspira en la búsqueda de la verdad como si fuera un tesoro escondido; y el conocimiento de la voluntad de Dios promueve la obra de santificación. Hay un cielo y ¡cuán fervientemente debiéramos luchar por llegar a él! ... Creed que él está dispuesto a ayudaros con su gracia cuando acudís a él con sinceridad. Debéis pelear la buena batalla de la fe. Debéis ser atletas esforzados por obtener la corona de la vida. Luchad, porque las garras de Satanás están sobre vosotros; y si no os esquiváis quedaréis paralizados y perdidos. El enemigo está a la mano derecha, y a la izquierda y delante de vosotros y detrás; y debéis hollarlo debajo de vuestros pies. Luchad porque hay una corona que ganar.

Pronto presenciaremos la coronación de nuestro Rey. Los creyentes cuya vida quedó escondida con Cristo, los que en esta tierra pelearon la buena batalla de la fe, resplandecerán con la gloria del Redentor en el reino de Dios (*The Faith I Live By*, p. 124; parcialmente en *La fe por la cual vivo*, 28 de abril, p. 126).

Martes, 23 de diciembre: Libres para servir

La fortaleza de un ejército se mide mayormente por la eficiencia de los hombres que se encuentran en sus filas. Un general sabio instruye a sus oficiales a fin de que entrenen a cada soldado para el servicio activo. Trata de desarrollar la mayor eficiencia posible de parte de todos. Si tuviera que depender solo de sus oficiales no podría esperar dirigir una campaña de buen éxito. Cuenta con el servicio leal e infatigable de cada hombre de su ejército. La responsabilidad descansa mayormente sobre los hombres que están en las filas.

Lo mismo ocurre en el ejército del Príncipe Emanuel. Nuestro General, que jamás ha perdido batalla, espera un servicio voluntario y fiel de todos los que se han alistado bajo su bandera. Espera que todos, tanto laicos como ministros, tomen parte en el conflicto final que se está librando ahora entre las fuerzas del bien y las huestes del mal. Todos los que se han alistado como soldados suyos deben rendir como milicianos un servicio fiel, con un agudo sentido de la responsabilidad que reposa sobre ellos como individuos.

No todos los que entran en el ejército van a ser generales, capitanes, sargentos, ni siquiera cabos. No todos han de tener ni los cuidados ni las responsabilidades de los dirigentes. Pero hay que cumplir muchas otras arduas tareas de otra clase. Algunos tendrán que cavar trincheras o construir fortificaciones; otros permanecerán como centinelas; algunos otros llevarán mensajes. Si bien es cierto que se necesitan pocos oficiales, se requieren muchos soldados para formar las filas del ejército; no obstante, el buen éxito depende de la fidelidad de cada soldado. La cobardía o la traición de un solo hombre puede acarrear desastre al ejército entero.

Hay una obra ferviente que debe ser hecha por nosotros individualmente si queremos librar la buena batalla de la fe. Están en juego intereses eternos. Debemos revestirnos de toda la armadura de justicia, debemos resistir al diablo, y tenemos la segura promesa de que se batirá en retirada. La iglesia debe llevar a cabo un combate agresivo, hacer conquistas para Cristo, y rescatar almas del poder del enemigo. Dios y sus santos ángeles toman parte en este conflicto. Agrademos al que nos ha llamado a ser sus soldados (*God's Amazing Grace*, p. 29; parcialmente en *La maravillosa gracia de Dios*, 21 de enero, p. 29).

La verdadera santificación es consecuencia del desarrollo del principio del amor. "Dios es amor; y el que vive en amor, vive en Dios, y Dios en él". 1 Juan 4:16. La vida de aquel en cuyo corazón habita Cristo revelará una piedad práctica. El carácter será purificado, elevado, ennoblecido y glorificado. Una doctrina pura acompañará a las obras de justicia; y los preceptos celestiales a las costumbres santas.

Los que quieren alcanzar la bendición de la santidad deben aprender primero el significado de la abnegación... Es la fragancia del amor para con nuestros semejantes lo que revela nuestro amor para con Dios. Es la paciencia en el servicio lo que otorga descanso al alma. Es mediante el trabajo humilde, diligente y fiel cómo se promueve el bienestar de Israel. Dios sostiene y fortalece al que desea seguir en la senda de Cristo (*Los hechos de los apóstoles*, p. 447).

Miércoles, 24 de diciembre: Los peligros de la idolatría

Por indicación de Josué, se había traído el arca de Silo. Era una ocasión muy solemne, y este símbolo de la presencia de Dios iba a profundizar la impresión que él deseaba hacer sobre el pueblo. Después de exponer la bondad de Dios hacia Israel, los invitó en el nombre de Jehová a que decidieran a quien querían servir. El culto de los ídolos seguía practicándose hasta cierto punto, en secreto, y Josué trató ahora de inducirlos a hacer una decisión que desterrara este pecado de Israel. "Y si mal os parece servir a Jehová —dijo él—, escogeos hoy a quien sirváis". Josué deseaba lograr que sirvieran a Dios, no a la fuerza, sino

voluntariamente. El amor a Dios es el fundamento mismo de la religión. De nada valdría dedicarse a su servicio meramente por la esperanza del galardón o por el temor al castigo. Una franca apostasía no ofendería más a Dios que la hipocresía y un culto de mero formalismo.

El anciano jefe exhortó a los israelitas a que consideraran en todos sus aspectos lo que les había expuesto y a que decidieran si realmente querían vivir como vivían las naciones idólatras y degradadas que habitaban alrededor de ellos. Si les parecía mal servir a Jehová, fuente de todo poder y de toda bendición, podían en ese día escoger a quien querían servir, "a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres", de los que Abraham fue llamado a apartarse, o "a los dioses de los Amorreos en cuya tierra habitáis".

Estas últimas palabras eran una severa reprensión para Israel. Los dioses de los amorreos no habían podido proteger a sus adoradores. A causa de sus pecados abominables y degradantes, aquella nación impía había sido destruida, y la buena tierra que una vez poseyera había sido dada al pueblo de Dios. ¡Qué insensatez sería la de Israel si escogiera las divinidades por cuyo culto habían sido destruidos los amorreos!

"Que yo y mi casa —dijo Josué— serviremos a Jehová". El mismo santo celo que inspiraba el corazón del jefe se comunicó al pueblo. Sus exhortaciones le arrancaron esta respuesta espontánea: "Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová por servir a otros dioses".

"No podréis servir a Jehová —dijo Josué—, porque él es Dios santo; ... no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados". Antes de que pudiera haber una reforma permanente, era necesario hacerle sentir al pueblo cuán incapaz de obedecer a Dios era de por sí. Habían quebrantado su ley; esta los condenaba como transgresores, y no les proporcionaba ningún medio de escape. Mientras confiaran en su propia fuerza y justicia, les era imposible lograr perdón de sus pecados; no podían satisfacer las exigencias de la perfecta ley de Dios, y en vano se comprometían a servir a Dios. Solo por la fe en Cristo podían alcanzar el perdón de sus pecados, y recibir fuerza para obedecer la ley de Dios. Debían dejar de depender de sus propios esfuerzos para salvarse; debían confiar por completo en el poder de los méritos del Salvador prometido, si querían ser aceptados por Dios (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 561-563).

Jueves, 25 de diciembre: Un buen final

El carácter santo de Josué no ostentaba mancha alguna. Era un sabio dirigente. Su vida estaba totalmente dedicada a Dios. Antes de morir reunió a las huestes hebreas y siguiendo el ejemplo de Moisés recapituló sus peregrinaciones por el desierto y también la obra misericordiosa llevada a cabo por el Señor en favor de ellos. Acto seguido les habló con elocuencia. Les contó que el rey de Moab estaba en guerra

con ellos y había llamado a Balaam para que los maldijera; pero Dios no quiso "escuchar a Balaam, por lo cual os bendijo repetidamente". Después les dijo: "Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quien sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová".

"Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses; porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos".

El pueblo renovó su pacto con Josué. Le dijeron: "A Jehová nuestro Dios serviremos, y su voz obedeceremos". Josué escribió las palabras de este pacto en el libro que contenía las leyes y los estatutos dados a Moisés. Recibió el amor y el respeto de todo Israel, y su muerte fue sumamente lamentada (*La historia de la redención*, pp. 185, 186).

El alma que mantiene encendido el amor de Cristo está llena de libertad, de luz y gozo en Cristo. En un alma tal no hay pensamientos divididos. El hombre entero desea ardientemente a Dios. No acude a los hombres en busca de consejo, para conocer su deber, sino al Señor Jesús, la fuente de toda sabiduría. Investiga la Palabra de Dios para encontrar en ella cuanta norma haya sido establecida...

Cuanto más aprendemos de Cristo por su Palabra, tanto más sentimos nuestra necesidad de él en nuestra experiencia. No deberíamos descansar hasta que podamos descansar al llevar el yugo de Cristo y sus cargas. Cuanto más fieles seamos en su servicio, tanto más lo amaremos, tanto más lo ensalzaremos. Todo deber, grande o pequeño, que realicemos, será hecho con fidelidad, y al seguir conociendo a nuestro Señor, tanto mayor será nuestro deseo de glorificarlo (*En los lugares celestiales*, p. 144).

Viernes, 26 de diciembre: Para estudiar y meditar

En los lugares celestiales, "La demanda del Padre celestial", 1º de mayo, p. 130.

A fin de conocerle, "Un mensaje para los muchachos y las niñas", 4 de febrero, p. 42.

www.ominisuies.org